



UN terremoto sacude España desde sus cimientos. Tiembla la monarquía entre estafas multimillonarias, tiros en el pie y cacerías de elefantes, se resquebraja el estado del bienestar con recortes en todos los frentes, tiritan las autonomías sometidas a crítica por sus veleidades derrochadoras, el suelo se hunde bajo las sedes de las diputaciones convertidas en objeto de debate y se ahogan los pequeños ayuntamientos diezmados por la asfixia presupuestaria, la Bolsa cae con estrépito, las empresas se balancean sobre el abismo de la falta de financiación, los funcionarios se agarran al puesto con uñas y dientes ante la perspectiva de nuevas bajadas de sueldo, los consejos de cuentas, asesores, defensores de los pueblos y otras antaño estimadas instituciones entran en proceso de liquidación, y los partidos y sindicatos se han convertido en objetivo preferente de la ira ciudadana contra los promotores del presentido hundimiento de una nación.

Del temblor general no se libra ni el apuntador, y el sistema universitario, por muchos apuntes que dicte, tampoco. El ministro Wert ha comenzado a sacudir el árbol esta misma semana para iniciar una poda general. El instinto 'universicida' del Gobierno de Rajoy se sustenta sobre muy sólidos cimientos: en España tenemos un mastodóntico trasatlántico de enseñanza superior aquejado de todos los récords negativos, con el mayor número de titulaciones 'desérticas' (el 30% de las carreras no consigue ni 50 matriculaciones al año), con un porcentaje increíble de suspensos (el 30% de los estudiantes se marcha para casa sin conseguir el título después de



Los precedentes hacen temer que la universidad salmantina pueda salir perjudicada en el proceso de concentración anunciado por Wert

provocar un despilfarro conjunto de 3.000 millones de euros) y con un nivel pésimo en la calidad de los licenciados. Las 74 'marcas universitarias' (una por cada pueblo, o casi) nos cuestan muy caras, los profesores figuran entre los que menos investigan entre el conjunto de países desarrollados y España no consigue colocar ni una sola de sus universidades entre las 150 mejores del planeta.

Así que ha llegado el tiempo de repensar la educación superior con un criterio elemental: hay que gastar menos y conseguir enseñar más y mejor. Para lograr el objetivo el Gobierno ha nombrado una comisión de once expertos a los que el ministro ha señalado ya un camino plagado de tizeretazos, con tasas de matriculación más caras, becas más exigentes, un mayor control de la investigación en los departamentos y, como piedra

angular de toda la reforma, la concentración de facultades y/o de centros universitarios.

La revolución en marcha no debería perjudicar a la Universidad pública de Salamanca, entre otros motivos porque figura entre las más renombradas y más reconocidas fuera del país. No ha podido colocarse en el ranking de calidad, pero con toda seguridad aparecería entre las 150 más conocidas a nivel mundial. A esto hay que añadir la excelencia de sus investigadores, cuyos resultados permiten alardes como el recogido hoy en las páginas de LA GACETA en forma de número de patentes e ingresos por explotación de sus inventos.

Sin embargo, el 'proceso' al sistema arranca con algunos signos preocupantes para Salamanca, por cuanto no se ha incluido en el equipo encargado de diagnosticar la enfermedad y dictar sentencia a ningún experto relacionado ni con la USAL ni siquiera con ningún centro de Castilla y León. Serán eruditos formados y asentados en Madrid, Barcelona, Valencia o La Rioja quienes definan el futuro de las universidades y, dados los precedentes de dejación de funciones en la defensa de los intereses salmantinos por parte de las autoridades locales y regionales, podemos temernos lo peor.

Salamanca debería ejercer como faro, como referencia para aglutinar y liderar el sistema en Castilla y León y para abanderar la imagen universitaria de España, al menos en Sudamérica, pero si alguien no se mueve en los próximos meses, esa prevalencia podría ser ninguneada en favor de los de siempre. Y no vamos a señalar a ningún vecino, para no herir susceptibilidades.